



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Clarín.)



—En perpetua batalla,
en serio á veces y las más en broma,
soy el coco, el terror de la morralla,
porque cargo la pluma con metralla
defendiendo el buen gusto y el idioma.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—A divorciarse tocan, por Fiacco Fráyyoz.—El delirio, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—El orgullo, por Sinesio Delgado.—El contagio, por Luis de Ansoarena.—Catachíol, por José Zahonero.—Pérdón!, por Julio Román y Pedraza.—Chismes y chisnos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Clarín.—Ejercicios higiénicos (ocho viñetas).—Consejo.—España cómica: Jaén, por Cilla.



(DESDE ITALIA)

Mi querido Sinesio: Ya sabe usted que estoy aquí hace una semana comiendo macarrones y esperando que se bote el *Cristóbal Colón*, construido por la casa Ansaldo y adquirido por nuestro Gobierno.

Usted dirá:

—Pero ¿a Taboada qué le importa eso de la botadura?

Á mí, personalmente, no me interesa gran cosa, pues ya he visto otros *Cristobales* y otras botaduras; pero estoy aquí *haciendo* de periodista, porque usted sabe que también pertenezco á la redacción de *El Imparcial*.

Á las pocas horas de haber llegado á Madrid, procedente de Fuenterrabía, me dijo el director de aquel periódico:

—Tiene usted que irse á Italia.

—¿A contratar alguna compañía de opereta?

—No, señor; á presenciar la botadura del barco adquirido por nuestro Gobierno.

Hice la maleta y me metí en el tren de Barcelona. Allí tomé el vapor y ¡á Italia!

El viaje por mar hasta Génova ha sido delicioso. Veintiocho horas de alegría, durante las cuales nos habremos comido entre todos los periodistas de la expedición unos seis mil duros «de cosas».

El vapor que nos condujo, llamado *Bafaelle Rubatino*, que había sido puesto á nuestra disposición por la prensa genovesa, es una hermosa nave dedicada á hacer la carrera de la India. Tiene espléndidos camarotes, suntuoso comedor... y un cocinero que para sí lo quisiera mi querido amigo Eduardo Palacio; de modo que entre comer y tocar el piano y contemplar las costas francesa é italiana, llegamos á Génova sin notar el oleaje ni sufrir mareo. El único que se sintió ligeramente mareado fué un periodista catalán, por haberse puesto á leer los romances de Bustillo.

**

No voy á describir á Italia, porque ya lo han hecho, entre otros, Baedeker, Castelar y un pariente de D. Venancio González que estuvo de vicecónsul en Porto-Merluccia, pero sí diré que aquí el idioma italiano es el que se emplea en casi todas las conversaciones.

Génova es una ciudad esencialmente mercantil, pero no por eso carece de lo que constituye la fisonomía peculiar de Italia: el arte. Todo es artístico aquí: las casas, las calles, las fuentes, los bancos, los municipales. Hay hombre de éstos que nos trae á la memoria el Apolo de Belvédere, salvo la levita.

**

Nosotros hemos sido recibidos con cariño por nuestros compañeros de la prensa italiana.

Nos convidan, nos llevan á todas partes y nos estrechan contra su corazón cada vez que pronunciamos un discurso al final de los banquetes.

Como todos los días los hay, resulta que salimos á discurso por hora, y en todos ellos brindamos por la raza latina, por la frater-

nidad que debe existir entre Italia y España y por Cristóbal Colón, á quien traemos y llevamos como si fuera un asco de noche.

Desde que salimos de España no se nos cae de la boca el *ilustre* genovés, y estoy temiendo que el mejor día nos saiga al paso cualquier descendiente del gran navegante y nos diga:

—¡Eh, caballeros! Basta de molestar con tropos á mi egrezo no rendiente. Dejen en paz sus cenizas, porque no está bien que las remuevan ustedes en cuanto beben dos copas de champagne.

**

Le digo á usted, amigo Delgado, que estoy ya cansadísimo de tanto ajetreo. Hemos hecho un viaje de ida y vuelta á Milán, hemos visitado seis iglesias, dos cementerios, cinco museos, dos arsenales y mañana salimos para Florencia; de allí iremos á Roma y de Roma regresaremos á Génova. Ya no hay cuerpo que resista; pero todo puede darse por bien empleado, pues adquirimos cierto baño de arte que no teníamos.

¿Sabe usted lo grato que me será mañana poder decir en el café: «Yo, cuando estuve en Italia, etc., etc.»?

**

El italiano es atento y cortés.

Yo no sé si esto lo ha dicho ya algún escritor, pero, de todos modos, bueno será consignarlo.

Á nosotros nos tratan muy bien los de la fonda y no tocamos una sola vez el timbre que no acuda el camarero preguntando:

—¿Cossa volete, signore?

Para demostrar hasta qué punto llevan su finura, citaré el siguiente caso:

Un compañero mío de letras fué ayer á una peluquería para que le cortasen el pelo, le arreglaran el bigote y le igualaran las patillas, una de las cuales se le había corrido durante el viaje.

Terminadas todas estas operaciones, preguntóle el oficial con su más dulce acento:

—¿Volete una lavativa?

Mi amigo no creyó oportuno aceptar el generoso ofrecimiento, pero está agradecidísimo y no cesa de decir que el peluquero italiano es cariñoso y hasta medicinal.

**

Antes de cerrar esta carta debo declarar que «lavativa» en italiano equivale á «fricción»; pero no por eso es menos de agradecer el ofrecimiento del peluquero.

Adiós, amigo Delgado. Es muy tarde y el correo se va.

Le quiere

Luis Taboada.

*

A DIVORCIARSE TOCAN.

Las señoras modernas y desahogadas, que el divorcio defienden á bofetadas y buscan argumentos desconocidos para dejar plantados á los maridos, están de enhorabuena, porque han triunfado con una nueva industria que se ha inventado. Esta industria, que es rara por excelencia, la explotan los franceses en una agencia, donde *alquilan* señores muy elegantes que por módicos precios hacen de amantes, quedando al mismo tiempo comprometidos á dejar sorprenderse por los maridos. Cogida de este modo la delincente, se entabla la demanda correspondiente; se consigue el divorcio, y al otro día queda libre la esposa

como quería. El sujeto *alquilado*, que ha concluido de llenar en la farsa su cometido, otra vez disponible vuelve á la agencia... y se pasa los días de su existencia, siempre alegre y dichoso por ser travieso, de pernil en pernil... de queso en queso.

Si es verdad lo que dicen, si no es patraña y esa industria algún día llega hasta España, de fijo que al alcalde le da pretexto para imponer á muchos un nuevo impuesto. Porque ¡cuántos Temorios empedernidos que hoy son la pesadilla de los maridos, se verán por las calles muy fanfarrones con *colillas* lo mismo que los *simones!*

Fiacco Fráyyoz

¡El delirio!

Por la oscura calle ruidos misteriosos que se alejan. Avéculas que se quejan de que hay pulgas en sus nidos. La alta copa del ciprés. Mucho polvo. Mucho fango. Luego un tiro. Luego un tango. Nubes que pasan después. Ondas que vienen y van. El buho que abre los ojos. Mondadientes en manojos sobre el cráter del volcán. Céfiros que soplan leves, y en medio de los espacios el brillo de los topacios y el canto de los percebes. Jirones de una bandera que fué terror de los moros. Bofes, celajes y toros que suben por la escalera. Torbellino de pasiones bastardas y bastardillas. Conjunto de maravillas y timbal de macarrones. La nevada que comienza. El huracán que destroza. El sitio de Zaragoza debajo del de Sigüenza. Un bombero con derrame, una dama que se aburre, un capitán que se escurre y un cura que se relame. La duda, el baldón, la afrenta,

tras de la afrenta la escama. Un embozado que llama en el número cuarenta. Tras de angélicas fermatas, ayes de dolor profundo, y en medio de ellos el mundo todo lleno de patatas. Gente sin rumbo ni guía que escalar los puestos quiere, y un cadáver que se muere y un sorbete que se caefra. En extraña confusión sombras vagas por doquier. Dos hombres, una mujer, media niña y un trombón. Abrir y cerrar de puertas. Sensaciones de placer. Hojas que dejan caer los repollos de las huertas. Misteriosas campanadas. Ronquidos de magistrados. Suspiros entrecortados de ordinias desafinadas, y un príncipe que se afeita sobre nubes de oro fino, y el cuarto de don Sabino todo esterado de pieita, y la estatua de la Fe, y el requesón indigesto...
.....
¿Ustedes saben qué es esto?
Pues yo tampoco lo sé.

Juan Pérez Juniga.

PALIQUE

Seguramente, á estas horas ya habrán ustedes olvidado el manifiesto de los diputados carlistas, papel mojado desde el primer día, y del que no queda más que el tono que se seguirán dando los valientes guerrilleros que tuvieron la temeridad de retirarse á sus respectivos hogares ó tiendas, como otros tantos hijos de Peleo. Canta, diosa, como diría Homero, la cólera de Mella y de Cerralbo, cólera funesta á las musas, porque ella engendró el documento más ramplón y vulgarote que salió de meollo retrógrado. Estos reaccionarios españoles tienen mucha gracia; se han pasado media vida burlándose de la estética progresista, y ahora salen ellos por el registro del nimbo de Riego, *transportado*. El manifiesto parece un artículo de *La Iberia*, de los felices tiempos del *volvamos en sí*. No, aquellas incorrecciones y vulgaridades de relumbrón no deben de ser cosa de Barrio y Mier, mi antiguo compañero, el cual podrá no ser tan florido como Abril, pero es vallisoletano, en cuanto estudiante, y sabe gramática. Si el manifiesto estuviera en quintillas sería, indudablemente, de Cerralbo, que es el Tirteo parlamentario de don Carlos; pero como está en prosa coleriforme, yo me inclino á creer que el responsable de la redacción es el señor Mella. Este señor Mella es el tipo más perfecto del carca injerto en progresista. ¡Qué barullo mete, y qué vulgarísimo es! Parece él solo un periódico callejero de gran tirada. En cuanto *vaga por la atmósfera* alguna bobada patriótica, de esas que se llaman la *opinión*, ya está Mella tomándola por donde quema y arrimándola á la sardina de nuestros mayores, al trono y al altar. Si Mella, en vez de ser diputado en tiempos democráticos y parlamentarios, hubiera sido *procurador* en los días gloriosos, que los carlistas echan de menos, del emperador Carlos V, ¡quién le hubiera visto llevar desazones y desaires, corriendo la posta tras el monarca, de Valladolid á Santiago! ¡A que no le echaba á Carlos V los discursos que nos encaja á nosotros? ¿Cree Mella que, si vienen los suyos y hay Cortes para asuntos de hacienda y otros semejantes nada más, van á dejarle *colocar* toda esa pacotilla retórica que siempre trae embotellada? Una de las pocas cosas buenas del antiguo régimen consistió precisamente en que entonces no había Mellas posibles. Claro que, como siempre, medraban al amparo de la política hombres vulgares, arbitristas sin mérito, pero era desconocido el género de la calamidad-orador. El chico que sin más que la deplorable facilidad de palabra que le permite decir en una hora tantas vulgaridades insustanciales como otro diría en un día, medra en el Parlamento y recibe la alternativa de hombre de Estado, no era personaje de la monarquía tradicional. Eso de que sean trescientos necios é ignorantes los que deciden de la suerte del país y dan leyes y fiscalizan la acción gubernamental y sostienen ó derriban gobiernos es cosa nueva. Antes el dafío venía de otra parte; no era menor, pero era otro: no había Mellas posibles.

mental y sostienen ó derriban gobiernos es cosa nueva. Antes el dafío venía de otra parte; no era menor, pero era otro: no había Mellas posibles.

¿Y qué nos ofrecen los carlistas para evitar escándalos ferroviarios y de mercurio en lo porvenir? Pues... la unidad católica. Claro; como Rothschild es judío, con la unidad católica perdería todos sus derechos (?) á lo de Almadén. Los carlistas devolverían al clero los bienes mostrencos... y pue- de que las vías férreas entrasen en la devolución. En cada estación un convento, y el obispo-arzobispo de Madrid-Alcalá jefe del movimiento. En fin, yo paso por todo, por la des-desamortización, por el catolicismo carísimo y obligatorio... pero sin Mella. Eso de ver la corona junto al morrión me apesta. Espero que si D. Carlos llega á triunfar le dará al parlamentarismo y *asampetrado* Mella lo que Segismundo al traidor que le pedía recompensa... la torre. Es decir, prisión correccional en el Congreso, que para entonces será un establecimiento, como decía el otro, pero penitenciario. Yo no creo que los carlistas de armas tomar sean tan badulaques que vayan á echarse al campo movidos por la elocuencia de un Camilo Desmoullins de sacristía parlamentaria. ¡Qué ironías las de la historia, los tiempos de ruda existencia política, tristes, pero serios, dignos en su rigidez fanática, representados por los Romero Robledo y Bosch de hoina, por lo más fútil, adocenado y maleable de la política constitucional, de las formas parlamentarias!... ¡Cuánto mejor sería que callasen los Mellas y que el elcgio relativo, y puramente arqueológico, del pasado, se dejara á los eruditos y á los artistas! La España tradicional, según Menéndez y Pelayo, es nuestra respetable abuela. Según Mella, una vieja chocha y ridícula. ¡Que hable la historia y que calle Mella!

Clarín.

EJERCICIOS HIGIENICOS

(LA CAZA)



Hace usted lo posible por entrar en un periódico de oposición rabiosa. Y allí anuncia usted al director hacemos articulos que destilan hiel y vinagre.



Procura usted que le presenten á un probombre del partido como un chico que empieza, dispuesto á todo género de sacrificios por la buena causa.



Luego toma usted confianza con él, y le limpia las botas si á mano viene.



Quando ya haya usted metido bastante bulla, hace usted un cuarto de conversión diciendo que su conciencia no le permite permanecer alejado de los que mandan.



Hasta que, gracias á su influencia, meta usted la cabeza en una oficina del Estado.



Con lo cual casi tiene usted asegurada un acte de diputado de la mayoría.



Lo cual no *empesco* para que en las reuniones del círculo vocifere usted contra todo lo que se le ponga por delante.



Y á poco que se las sepa usted manejar, milagro será que no le hagan á usted director general de cualquier cosa, ¡ó ministro! Y entonces ya puede usted dar un puntapié al director del periódico de marras.

El orgullo.

(SEGÚN QUIEN LO TIENE)

No hay en el mundo quien pueda separarme del destino, porque mi mujer consigue lo que quiere del ministro.

Un empleado.

La pieza me salió de rechupete. Fué un *efectazo* atroz lo del paletó que se queda encerrado en el retrete... ¡Diez llamadas á escena y un banquete! ¡Que Calderón, ni Lope, ni Moreto!

Un autor dramático.

Yo entro en las habitaciones y sin que nadie se entere me llevo hasta los colchones. ¡Estos se llaman riñones y vista, porque Dios quiere!

El rata sexagésimo.

Diez años llevo andando despacito por el distrito, y ¡nada! ¡no he visto ni una simple puñalada de las que suelen darse en el distrito!

Un guardia.

¿Yo hacer un papel así que no hace el último mono? Pues ¿qué diría el abono, que está chalado por mí?

Una primera actriz.

¡Lo que es hasta el tercero
o el cuarto día
no se me ha muerto nadie
de pulmonal

Un médico.

Un torero, un rentista, un abogado...
¡tres en una semanal
¡Que se miera de envidia la Susana,
que lleva más de un mes con su cuñado!

Una de la cáscara amarga.

Ya está gritando el del tres.
¡Pues te tienes que esperar!

porque eso es mucho mandar
por una peseta al mes.

Un sereno.

¿Yo aceptar el chanchullo
que me propones?
No me *pringo* por menos
de dos millones.

Uno de conciencia estrecha.

Lo que es á hacer el lazo en la corbata
ni Dios me echa la pata.

Un elegante.

Por la copia,
Sinesio Delgado.

El contagio.

I

DE ÉL

Si, me curé de mi feroz manía,
y hoy, en conciencia, declararte puedo
que ya no siente el corazón el miedo
que á la doblez de la mujer tenía.
Estando convencido
del error singular en que he vivido,
el *mea culpa* entono,
y por la fuerza del amor rendido
á las iras del tuyo me abandono.
Iras que no me asustan, lo confieso,
pues el rencor de la mujer que quiere
es como sombra que al instante muere
y suelta siempre en su agonía un beso.
Ya no soy aquel hombre
que, lleno de una atroz desconfianza,
borró del libro de su vida el nombre
que es más grato á la vida: la esperanza;
aquel que, esclavo de fatal quimera,
no dió á ningún afán limpia patente
sin que antes la razón lo permitiera
después de analizarle ferozmente;
con lo que, siempre en vilo
por las negras angustias de mi mente,
ni viví ilusionado ni tranquilo.
Y así, mostrando singular empeño
en matar con el juicio todo encanto,
la vida verdadera... me dió espanto,
¡y despreciaba la ideal por sueño!
Víctima del furor de este delirio,
y aunque te amaba con pasión de loco,
te llevé, lo comprendo, poco á poco,
por sendero de penas al martirio;
pues al alma arrogante que suspira
por que vean la llama que la enciende
se le pone, al decir «¡Eso es mentira!»,
el *¡mí!* del amor que más ofende.
Ya di un cambio completo,
pues sé por experiencia dolorosa
que analizar una pasión es cosa,
además de insensata, sin objeto.
Pues si atiende al conjuro
y sube el corazón á la cabeza
prestándose al examen... es seguro
que el primero aparece menos puro
y siente la segunda más tristeza.
Y pues ya te confieso
que viví en el error y estoy curado,
y que ahora, más que nunca, te profeso
un amor sin las dudas del pasado,
deja que tu rencor en su agonía
suelte ese amante beso
que aguarda con afán el alma mía.

II

DE ELLA

No más cuatro renglones... y es bastante
si sacas la sustancia á estos renglones:
amante que analiza, no es amante,
sino un disecador de las pasiones.
Mi amor fué un amor grande, por ser mio,
y á fuerza de un análisis severo
le robaste el calor... ¡murió de frío!
No volverá á surgir... porque no quiero.
Ahogaste mi ideal entre tu prosa;
por tí, donde hubo un corazón, no hay nada;
si tu amor no logró verme, dichosa,

Consejo.



¿Una chica de buen talle,
buena ropa y buenos modos
que va sola por la calle?
¡Escámense ustedes todos!

tu daga me ha dejada contagiada,
Amigas en el alma ahonda
basando un rastro de placer... no existe...
La mujer en estados convertiste...
¡Ya ves lo que la estatus te responde!

Luis de Ancoena.

¡Catachín!

Hace pocos años, pasaba una mañana por la calle del Turco un caballero, de faz pálida y en cierto modo triste, barba más encanecida que negra, ojos pequeños, pero penetradores y vivos; iba decorosa y modestamente vestido. Era un poco desaliñado por un gracioso abandono.

Junto al portal de una casa modesta halló a un bonito chiquillo que lloraba y gimoteaba sin consuelo.

—¿Por qué lloras? ¿Te has perdido? ¿Te han pegado?—dijo el buen señor al niño.

En esto apareció por la puerta del portal una mujerona, la madre del pequeñuelo, portera de aquella casa.

—Déjelo usted, señorito, que lllore hasta perder los calzones. No sé que le ha entrado, ni lo que quiere.

El chico siguió llora que llora.

—Pero ¿qué quieres? ¿Qué te pasa?—dijo el caballero, que siendo hombre que se interesaba, al parecer, por pocas cosas, sentía entonces el caprichoso deseo de descubrir los deseos del mufeco. Sin duda porque pueden mucho unos cabellos rizos y unos moñetes de manzana madura.

—Quero un fusil, un fusil.

—¡Ah, que quieres un fusil... ¡Miren que pedir llorando un fusil! ¡Si llorases por una empanada! Es muy guapete. ¿Cuántos años tienes?—dijo el caballero.

—Siete cumplirá el mes que viene, Dios mediante.

—¿Tiene usted más hijos, buena mujer?

—No, señorito, solo tenemos este... llorón.

—Vaya, hombre, no llores... tendrás el fusil—dijo el caballero registrándose los bolsillos, y añadió:—Te daré... No, ¡caramba! no puedo darte nada... Esta maldita costumbre de salirme a la calle sin dinero... Tome usted, buena mujer, esta tarjeta, y a las dos lléveme a casa el niño, que yo le daré fusil.

Cuando la portera, que no sabía jota, mostró a su marido la tarjeta del caballero, éste exclamó lleno de sorpresa y de alegría:

—¡Tadeo Salces! ¡Como quién no dice nada! Justo, el mismo; éstas son las señas de su casa. El mismo Salces, que ha sido más de mil veces presidente de ministros y lo será otras tantas. El que no llora no mama... Nuestro chico ha hecho su suerte.

Fueron la madre y el chiquitín a casa del grande hombre.

Recibióles D. Tadeo con indiferencia no exenta ciertamente de afabilidad.

Había en la estancia en que el político se hallaba, que era el comedor de la casa, hasta media docena de señorones que miraban, oían y escuchaban al ilustre jefe.

—Andrés—dijo éste a su ayuda de cámara,—trae esos juguetes.—Y cuando D. Tadeo los tuvo en las manos:—Toma el fusil y una corneta y una bandera. Quince pesetas que he dedicado al presupuesto de guerra.

Excusado es decir que los señorones se echaron a reír.

Dió luego D. Tadeo a la mujer algunas monedas y casi todos los que allí se hallaban añadieron sus pesetillas al donativo, y luego el grande hombre añadió en tono de bondadosa despedida:

—Venga por acá alguna vez y tráigame al pequeñuelo... Vé con Dios, valiente, con tu fusil... Adiós... ahora... Catachín.

Como las palabras de los grandes hombres pasan a la historia, Catachín llamó al niño y Catachín le llamaron los padres, Catachín los amiguitos, y quedó de Catachín el apodo.

No abusaron los padres; logró el padre un destínulo, y dos ó tres veces en distintas épocas se presentaron la madre y el niño a visitar al grande hombre.

—¡Ah!—decía éste al ver al muchacho...—¡Es Catachín! ¿Qué alto está!

Un día—ya Catachín era casi un mozo—al verle D. Tadeo dijo:—¿Sigues tan guerrero y con tu afición militar?

—Ca, no, señor—contestó la madre.—Está a oficio, es ebanista y más psicífico no le hay en el mundo.

Luego, como ya no era una gracia presentar a un zagalón, dejaron de ir a visitar a D. Tadeo.

Poco a poco éste ya había olvidado, entre tantos nombres, cosas, deseos, aventuras y relaciones del trato de un político, a Catachín.

Tiempo después había estallado una guerra con los salvajes en África, guerra más de vanidad que de necesidad. Casi todos los políticos se mostraban grandes partidarios de la lucha. D. Tadeo no había dicho aún esta boca es mía.

Un corresponsal de un periódico inglés iba a celebrar una entrevista con D. Tadeo.

Momentos antes de la hora señalada para dicha entrevista, don Tadeo se hallaba solo en su despacho y profundamente preocupado, cuando le entregó una carta uno de sus secretarios.

—¿Qué diablos es esto? ¿Por qué no la ha abierto usted?

—Suplican que se la entregue a usted, señor, en su propia mano. El secretario salió dejando allí la carta.

Dió a D. Tadeo el capricho de abrirla, miró la firma y dijo:

—¡Catachín! ¡Catachín! ¿Qué burla es ésta? Vamos, algún anónimo.—Y empezó a leerla movido de extraña curiosidad.

—Señorito, cuando me dieron el fusil estuve a punto de echarme a llorar por soltarlo, como que padre estaba muy enfermo y sin destino, mi maestro había perdido hasta los bancos del taller... ya no podía casarme con la hija del maestro... me llamaban a la guerra. Con mi trabajo los hubiera salvado a todos. Padre murió, madre está en la miseria; yo, al llegar aquí, enfermo; éramos más de dos mil atacados de fiebre; ya convaleciente, salí a campaña y recibí una herida mortal. Así es la historia de casi todos los que aquí estamos.

Señorito, haga algo por la madre del pequeñuelo a quien V. E. regaló años hace un fusil de juguete.

CATACHÍN.

Entonces se acordó el grande hombre y sintióse conmovido y lleno de una profunda melancolía, de la cual vino a distraerle mister Canard.

—¿Qué opina usted, Sr. Salces, de la guerra?

—Que es una barbaridad—replicó el político—sólo elogiada por las epopeyas de á perro chico y los pedantes. Paz...

—¿Cómo!

—Es decir, no: debe de seguirse la guerra hasta el fin... una vez empezada... la honra... La gloria... En fin, una vez empezada, por la vergüenza y la dignidad, tristemente ha de seguirse.

—Sí, justo... Un pueblo que sabe morir...—dijo el extranjero repitiendo la última necesidad en boca entonces.

—Es un desdichado. La última, más vulgar é innecesaria de las ciencias es la de saber morir. Acusa que se ha ignorado otra.

—¿Cuál?

—La de saber vivir. Trabajar, conquistar con lasos de comercio, de libertad y de cultura... Saber vivir.

—¡Magnífico!... Voy a escribir esas palabras.

—¡No, por Dios!... Atribúyame usted cualquier verdad, pero esas frases no son mías... son de Catachín.

—Indudablemente—pensó el corresponsal extranjero,—D. Tadeo Salces está peligrosamente enfermo de un terrible ataque de sentido común.

José Zahonero.

¡Perdón!

Peque y pido tu perdón.

Paz, aquel villano intento

fué locura, ofuscación

que yo deploro y lamento

con todo mi corazón.

Del delito cometido

estoy tan arrepentido

que, porque aquel torpe beso

dices, mi bien, al olvido,

hiciera cualquier exceso.

Con terrible maldición,

que escuché sin susto apenas,

conminaste mi traición...

Y hoy con sangre de mis venas

pagara yo tu perdón.

Tras noche azas borrascosa

y de tu estancia lujosa

en blando diván dormida,

y tan bella... tan hermosa

como no te vi en mi vida,

por mi desdicha te hallé,

y al verte así, de emoción

extático me quedé...

¡Cuál no fué mi turbación

que hasta los ojos cerré!

Luego, más dueño de mí,

confieso mi cobardía,

que despertases temí

y de tu estancia salí...

¡si vieses cómo salté!

Luego un deseo tenaz

me arrastró a tu lado, Paz;

fué débil... mi timidez

venció al deseo... y andas

entré en tu cuarto otra vez.

Luego... no sé qué pasó.

Un ángel por ti veló

é incorporada te vi.

¡Si no es por el ángel, yo

no sé lo que pasa allí!

Julio Román y Pedrosa.

CHISMES Y CUENTOS

Desde Junio á Septiembre se han estrenado las siguientes obras dramáticas en los teatros de verano de Madrid:

	En dos actos.	En uno.	En tres.	En cinco.	Total.
Apolo	2	3	1	1	7
Príncipe Alfonso ..	3	7	2	5	7
Colón	1	5	4	2	6
Martiriz	3	7	5	1	7
	1	21	13	9	22

Ahora, si se tiene en cuenta la benevolencia con que suele juzgar el público de estos, se verá que la temporada no ha sido todo lo brillante que hubiéramos deseado títulos y trayectos.

ESPAÑA CÓMICA.



Todas las obras estrenadas han sido zarzuelas.
 Y se deben á las péñolas de los señores siguientes:
Escritores: Sres. Perrín, Palacios, Jaques, Paso, García Álvarez, Navarro (C.), Fernández de la Puente, Navarro Gonzalvo, Coll y Britapeja, Cantó, Montesinos, Criado, Cocat, Arniches, Lucio, Lobo, Pueyo, Casero, Jiménez Prieto, Pérez, Labra, Banquells, Redondo Menduña, Criado (D.), Varela y Jackson.
Músicos: Nieto, Estellés, Valverde, Santonja, Calleja, Valverde (hijo), Moreno Ballesteros, Coll y Britapeja, Zavala, Contreras, Jiménez, Jscopetti, Reig, Torregross, Brull, Cotó, Taboada Stetger, Caballero y Falquina.
 Total: Veintiséis autores dramáticos y diez y nueve maestros compo sitores.

Se queja un periódico, y llama con este motivo la atención de... no se sabe de quién, de que á los licenciados de Cuba y á los soldados que viajan en ferrocarril les cobran en las cantinas de las estaciones cantidades exorbitantes.
 ¡Ay! Ese es un abuso que no se concreta á la milicia.
 A mí, que soy modesto paisano desgraciadamente, me han cobrado en la cantina de Venta de Baños, hace pocos días, por una botella de vino de Rioja, sin casco, ¡cuánto dirán ustedes?
 ¿Una peseta?
 ¡Cal! Eso sería pasadero.
 ¿Seis reales?
 Echen ustedes.
 ¡Dos pesetas cincuenta céntimos!
 Así es que, como todo se aprecia en lo que cuesta, el vinillo me supo á gloria. De modo que todavía tengo que estar agradecidísimo al cantinero.

Con motivo de la rápida sofocación de la insurrección de Filipinas, han sido nombrado; hijos adoptivos de Manila los ministros de la Guerra y de Ultramar.
 No se sabe por qué.
 Aunque se supone que será por la misma razón que tiene estatua Elduayen.
 De la Habana es de donde no declaran á nadie hijo adoptivo.
 Y bien lo están mereciendo algunos, ¡qué porra!

Ya saben ustedes que la partida de *El Forobado* ha aborrecido á once lecheros por el enorme delito de entrar á vender su mercancía en la población de Cárdenas.
 Es lo que dirán los verdugos:
 —Nosotros démonos el gusto de asesinar gente ahora que se presenta la ocasión, que con presentarnos á indulto en cuanto venga la mala estamos al cabo de la calle.

¡Tomal y agradecemos á Dios que no sea súbdito americano ningún individuo de la partida, porque pudiera ser que nos hicieran dar explicaciones sobre el inexplicable atrevimiento de los lecheros.

Ha tirado el diablo de la manta y se ha descubierto que hay muchos jóvenes que emigran por no ir á Cuba, favorecidos por una distinguida pléyade de patriotas que se dedican á proporcionar pases falsos.
 El milagro es que alguno de los detenidos en el momento de escaparse no haya dicho á la policía:
 —Oiga usted: ¿no se vuelven los generales cuando les da la gana? Pues yo empiezo por no ir.
 Porque lo lógico es que haya disciplina y mano de hierro para todo el mundo.

Algunos de mis queridos colegas ponen el grito en el cielo protestando del nuevo impuesto del timbre que grava de una manera exagerada el importe de los billetes para los espectáculos públicos.
 Pero no tienen en cuenta los que chillan que la patria está en una situación muy apurada, y que así, á fuerza de petros chicos, bien puede producir la flamante contribución unas cincuenta mil pesetas...
 Que es precisamente lo que necesita el señor ministro para la subvención del Ateneo.

Yo la haría mi esposa,
 mas no tengo valor... ¡Es tan hermosa!
 JUAN MANUEL GALLEGO.

Libros:
La municipalidad de Madrid, interesante libro que acaba de dar á la estampa el distinguido publicista Sr. Conde de las Almenas, y en el cual, con gran conocimiento del asunto, se estudian las complejas cuestiones del municipio de la villa del oso.
La casa de los amantes, por Carlos de Bernard es una novela corta que forma el tomo 45 de la *Colección diamante*, que con creciente y merecido éxito publica en Barcelona la casa editorial de López Cuesta, como todos los demás, 30 céntimos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. C.—Baza.—Acabo de llegar de fuera y me encuentro con sus dos cartas. Se hará el encargo en cuanto nos quitemos de encima una porción de trabajos administrativos que nos tienen locos.

Sr. D. G. D. L.—Bien medidos están los versos, pero ¡ay! eso no basta desgraciadamente.

Sr. D. M. B. de V. P.—Sí, salgo en la primera quincena de cada mes, exceptuando los de Diciembre y Enero.

Sr. D. J. G.—No encontraré aprovechable ninguna menudencia.

Alludora.—Y dígo á usted lo mismo.

¿Cómo ha de ser! ¡Paciencial!

Josifina.—¿Sabe usted lo que parecen? Pues parecen ajenos. Porque quien hace unos versos así no es posible que tenga tan horrosos ortografía.

La estatua de la Libertad.—El asunto es expuesto. La composición no tiene defectos graves, que era lo que usted quería saber.

Sr. D. J. J. V.—«Ya los alegres toques de corneta

precede la salida del soldado

armado de fusil y bayoneta

y de cigarros puros pertrechado.»

Mire usted, el espectáculo del ejército que marcha á Cuba es muy hermoso, pero puede echarse á perder si empezamos á dedicarle sonetos por el estilo.

Elle no será verso...—Pero es verdad. El final sobre todo. Estamos conformes.

Sr. D. R. B.—El chiste es gracioso, pero el romance es un poco pedestre y poca de largo.

Lépis chino.—Usted no conocerá probablemente una humoradita de este servidor de usted, publicada hace mucho tiempo, y que dice así:

«Sé que has visto á tu novio, picarilla,
porque tienes tabaco en la mejilla.»

Lo cual es lo mismo que usted dice en muchísimos más versos.

Un aficionado.—Los cantares están bien hechos. Tienen un único defecto: la vulgaridad, que casi es inherente á esa clase de composiciones; porque como el pueblo, el noble pueblo lo ha dicho ya todo al son de la guitarra, cuesta un triunfo tropezar con una idea nueva ó seminueva.

Sr. D. E. F. M.—Fíjese usted un poco, porque á lo mejor le salen desiguales los versos, y eso está muy mal visto.

Varios.—Está bien, pero no me parece nuevo el asunto, ni de la índole del periódico aunque lo fuera.

¿Quiere V. mi firma?—¡No, hombre, no! ¡Si ese epigramita es de los que levantan en alto!

El claro.—Pase la diátriba; lo que no puede pasar es que no sepa usted medir, ni poco ni mucho.

Uno que manda un recorte.—Pero ¡Dios mío! ¿no conocía usted *La cena*, de Baltasar de Alcázar? Pero ¡si es una joya clásica, por Dios Bacol!

El de Carrión.—Aceptada.

Gil Blas.—No es simpático el asunto, no sé por qué; pero el caso es que resulta un tantico anodina la composición.

Fray Cualquiera.—Puedo aprovechar un par de ellas. Si usted quiere, mándelas de nuevo firmadas.

Cantares.—Ello es que son políticos exclusivamente, y aunque aquí hacemos política algunas veces, es de otra manera.

Don Calixto.—Todos son del mismo sistema anticuado, es decir, del sistema de retruécano, que está mandado recoger.

Fray Cirilo.—Deploro sinceramente tener que repetir una vez más que no podemos ¡guay! admitir artículos.

Un entusiasta.—Resulta un poquito inocente, ¿no le parece á usted? Agradecemos los piropos.

Filamentos blancos.—Hay que dar á los romances, aunque sean de índole festiva, un tono un poco más elevado, porque si no resulta la plática desmayada y baja, como decía D. Quijote.

El porrón del Santo.—Sí, están bien medidos los versos. Pero de ahí no pasan.

Palo santo.—No, ahí el afán suena á deseo y no á otra cosa. El asunto es candoroso como una niña de tres meses.

Papalina bordada.—Muy mono el chiste... para una reunión de señoras. Pero ¡por qué envía usted muchas cartas con diferentes pseudónimos! ¿No ve usted que se gasta los sellos inútilmente!

Calipao.—También son candorosas

las quisicosas,

y, además, el verbo provocar no se escribe con *ó*, en ninguna de sus acepciones.

J. J. J.—Cuente usted:

«Lle-no-de-ga-las-el-cam-po-tan-her-mo-so».

Doce sílabas. Y debía tener once.

Zaid-Nayor.—Digo á usted lo mismo que al de los cantares políticos arriba citados.

Un avilense.—¿Á una flor? ¿V seguidillas? ¿V malas? ¡Pues... huyamos!

Mayo.—Recontra! ¡qué manera de versificar más... separatista!

Sr. D. A. Z.—Siempre suenan mal los sonetos cuando los versos son agudos y largos alternativamente.

Guarrett.—Lo hace usted bien. No hay más que escoger con cuidado

5 asuntos para no decir lo que todo el mundo haya dicho previamente.

Ton Merry.—Lo del padre que se presenta á interrumpir las expansiones amorosas pertenece al género humorístico del año 30. Item más los versos:

«Mas hoy que han variado las circunstancias

otra vez vuelvo con redoblado afán»

no lo son á simple vista.

Nerón.—El romance tiene veinte versos, la mitad en un asonante y la mitad en otro... ¡Eso no está bien, caramba! Luego, eso de la patria hay que tocarlo con un poco de habilidad para que no parezca cursi.

Sr. D. J. S.—Poquita cosa.

Plácido marmullo.—La versificación está muy descuidada, no con defectos garrafales, pero, en fin, descuidada.

Sr. D. D. L.—Las dos medianillas. No se dice «pluga á los hados», sino «plague», aunque parezca mentira.

Amenazar.—Parece picardía y no lo es, de puro gastada, ¿Usted comprende?

La mosquita muerta.—Las tres cosas son inocentísimas, en mi humilde opinión.

Sofronisco.—¿Sevillano y con asaz? ¡Ya le conozco! ¡Tiene usted la guasa por arrobos, compare!

Rapto.—No recuerdo haberla recibido arreglada.

Un aficionado.—Va, para que usted se tranquilice.

NOTA. Ya ven ustedes que me he dormido en esta sección, materialmente. Pues á pesar de ese sueño dulce no he podido dar contestación á todas las cartas. ¡Caballeros! ¡es que en este par de semanas se han desatado ustedes!

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambay, calle Bibadavia, 512, Buenos Aires.